

15.

---

HISTORIA DE CHILE.

---

IMPORTANTE DOCUMENTO

SOBRE

LA ESPULSION DE LOS JESUITAS

EN 1767.

---

Imprenta "Nacional."—1869.



ado  
*Et les*  
vol. en S.<sup>o</sup>,  
mentos impor-  
de los dominios  
fidelidad de la traduc-

El documento que publicamos en seguida es una relacion circunstanciada del arresto, prision, embarco i viaje de los jesuitas espulsados de Chile en 1767; en virtud de la famosa pragmatíca de Cárlos III. Fué escrita en Oettingen, en Baviera, el 23 de enero de 1770, por uno de los jesuitas espulsados de Chile, el padre Pedro Weingartner, i dirigida al padre José Erhard, provincial de la Compañía en la provincia de Jernmania.

El padre Weingartner era bávaro de nacimiento. Recibió las órdenes en su patria, pasó a Chile como misionero, i residió en este país durante largos años, así como muchos otros jesuitas alemanes que se encontraban en él a la epoca de la espulsion. De algunos de ellos habla en la carta que publicamos hoi; pero ha dejado de mencionar a muchos otros de quienes habríamos querido encontrar allí algunas noticias biográficas. Como él mismo lo dice, despues de su vuelta a Europa, el padre Weingartner se estableció en Alemania. Formó parte de la provincia de Jernmania i, en seguida, de la de Baviera, cuando se formó ésta (1.º de noviembre de 1770). Vivía todavía cuando la órden de los jesuitas fué suprimida por el papa Clemente XIV (1773).

Esta carta fué escrita en latin, i se conserva en el archivo de un convento de jesuitas de Maria-Laach, en la Prusia del Rin. Un escritor de la misma Compañía, el padre Augusto Carayon, la ha dado a luz traducida al frances, en una obra titulada *Charles III et les jesuites de ses états d'Europe et d'Amérique en 1767* (1 vol. en 8.º, Paris, 1868), que es una simple compilacion de documentos importantes para la historia de la espulsion de los jesuitas de los dominios del rei de España. No podemos garantizar la fidelidad de la traduc-

cion francesa, puesto que no hemos visto el original latino; pero el testo que publicamos reproduce fielmente en castellano la version francesa.

No creemos que esta carta contenga todas las noticias necesarias para dar a conocer el acto de la espulsion de los jesuitas de Chile. Indudablemente, faltan en ella pormenores de importancia que han sido omitidos por el autor, o talvez suprimidos por el traductor; pero basta leer este documento para comprender el grande interes que tiene para el historiador que se ocupa de este notable suceso. Por esto, nos ha parecido que su publicacion será recibida con agrado por todos los que se ocupan en el estudio de la historia patria.

Hé aquí el documento.

Mi reverendo padre provincial:

Me propongo escribir en pocas palabras la historia de nuestra espulsion del reino de Chile en América: si faltó a las reglas de una lengua que no he usado desde hace veinte años, espero que se me perdone, porque, lo confieso, la he olvidado considerablemente.

El año de 1767 fué para nosotros fatal i desastroso. El 7 de agosto, dia de la octava de nuestro bienaventurado Padre, llegó del Paraguai a Santiago, capital de Chile, un correo extraordinario enviado por el gobernador de Buenos-Aires, apesar del invierno i de las nieves que cubren en esta época las montañas situadas entre estos dos reinos. El gobernador de Chile (1), hombre mui afecto a la Compañía, ocultó con cuidado su llegada, i nadie supo la mision que se le habia encargado. Sin embargo, el gobernador hace cerrar todos los pasos de la cordillera, i coloca en ellos centinelas armados, al mismo tiempo que levanta nuevas tropas, i prohíbe a dos naves españolas que se encuentran en el puerto darse a la vela sin su permiso. El pueblo no sabia qué pensar de todos estos movimientos: los unos decian que iba a estallar una guerra con Inglaterra; los otros, que eran preparativos para castigar con las armas a los indios, que pocos dias ántes habian saqueado a los jesuitas i los habian arrojado de las misiones recién fundadas por el reverendo padre provincial Baltazar Hueber. Por órden del gobernador, se hacia una novena rezada en la iglesia de santo Domingo por el feliz éxito de su empresa, i se prometió al pueblo instruirle de todo el asunto el 25 de agosto. Todos las tropas diseminadas en

(1) Don Antonio de Guill i Gonzaga.

los campos habian recibido órden de reunirse en Santiago para ese día. El gobernador envió al mismo tiempo oficios cerrados a sus subalternos con órden de no abrirlos sino en el día i ante los testigos que se les designaban.

El 24 de agosto, día de san Bartolomé, en la tarde, comenzó a esparcirse por la ciudad el rumor de que todo ese aparato de guerra se dirijia contra los padres de la Compañía de Jesus; a las tres, supe la noticia por medio de otro padre de un modo bastante seguro. Las relijiosas carmelitas se pusieron al momento en oracion, no perdonando desvelos ni penitencias. El 25, los soldados estaban en el puesto que se les habia asignado: toda la ciudad esperaba; sin embargo, el gobernador no se presentó. Como el cielo estaba cargado de nubes i amenazaba lluvia, envió las tropas a comer, i lo postergó todo para el dia siguiente. Pero de hora en hora el rumor de la víspera tomaba mas consistencia: se decia abiertamente que esos preparativos se dirijian contra nosotros. Se vió a un soldado recorrer las calles con lágrimas en los ojos, repitiendo que era deudor a los jesuitas de todo lo que sabia de bueno, i que preferia hacerse matar ántes que poner la mano sobre uno solo de ellos. Este mismo dia, varias personas estrañas fueron a ofrecernos a muchos padres i a mí un asilo en sus casas si éramos espulsados de las nuestras.

En fin, llegó el dia fatal. El 25 de agosto de 1767 a las tres de la mañana, un oficial del rei seguido de una numerosa escolta se presenta al colejio, i estando reunidos todos los padres, les lee un decreto real i toma posesion de la casa. A la misma hora de la noche, otro oficial entraba de la misma manera en nuestra casa de san Pablo o de tercera prueba; otro, al colejio de nobles; un cuarto en fin al noviciado; i todos los padres i hermanos de esas casas recibian la órden de dirijirse inmediatamente al colejio grande. Se encerró a los novicios en la capilla privada, i cuando vino el dia, se los condujo a una casa particular que fué custodiada con soldados. Ahí tuvieron que sufrir las instancias de sus madres, de sus parientes i de sus amigos, que les suplicaban abandonasen la Compañía i volviesen a sus familias. Pero esos nobles jóvenes, fortificados de lo alto, resistieron con jeneroso coraje a todas las solicitudes i a todas las promesas. En fin, despues de catorce dias de lucha, fueron conducidos al colejio grande i reunidos a los otros jesuitas. Largo seria referir todas las pruebas a que estuvieron sometidos en Chile, en Lima, durante el viaje, en España, i cómo llegaron a Italia. En una carta especial di-

rijida al padre Francisco Javier Rufin, vice rector en Laudberg, he hablado ya de su extraordinaria constancia en su vocacion i de los grandes ejemplos de virtud que han dado; he referido cuantos peligros han tenido que correr, dificultades que vencer, contratiempos que dominar, padecimientos que sufrir. No debo volver sobre esta materia, que se ha tratado ya por estenso.

En todo el reino, a la misma hora de la noche, todas nuestras casas fueron ocupadas de la misma manera, i todos los jesuitas arrestados. Desde algunos años atras, vivia yo con algunos hermanos coadjutores en una casa de campo mui cerca de Santiago, donde me ocupaba de los negros, de los indios i de los habitantes de la vecindad: era yo como su cura. No fué olvidado: un oficial con escribanos i soldados se nos apareció a la misma hora de la noche, nos leyó la real cédula, tomó posesion de la casa i de todos sus haberes, i nos intimó dirijirnos al colejio grande ántes de la salida del sol. En el camino i a las puertas del colejio, encontramos hombres i mujeres que lloraban por nosotros. El interior de la casa ofrecia un aspecto lamentable: dos piquetes de soldados colocados a cada lado, guardaban la puerta de la calle: en todas partes habia centinelas armados: delante de la pieza del reverendo padre rector, de la del padre procurador, del hermano enfermero, delante de la biblioteca i en la puerta de los patios. La pieza del reverendo padre provincial estaba, sobre todo, bien custodiada: el jefe de la milicia habia establecido en ella su cuartel jeneral. Vimos allí reunidos a los padres i hermanos traídos de todos nuestros colejios de la ciudad, en número de ciento veinte mas o ménos. A las once, comimos en nuestro refectorio en presencia del jefe de la milicia. Los soldados fueron a la segunda mesa con aquellos de los nuestros que no habian tomado parte en la primera. Se confiscó en beneficio de la caja real el tesoro de la iglesia, de una riqueza notable, con todos los bienes del colejio i de nuestras casas de campo. El decreto de destierro que se nos leyó aquella noche, destinaba una parte de esos bienes para proveer a nuestras necesidades hasta Italia: el mismo decreto prometia tambien a los jesuitas nacidos en los estados de Su Majestad una pension conveniente durante su vida. Algunos dias despues, apareció una pragmática del rei, que prohibia bajo penas mui graves tomar nuestra defensa, hablar o escribir en nuestro favor, i aun comunicar con nosotros i darnos dinero o letras de cambio. Tal era en sustancia la parte dispositiva de esa funesta pragmática: en cuanto a las razones que la habian inspirado, el rei declaraba que las dejaba encerradas en su real corazon.

Pero ¿qué pensaba el obispo, qué pensaba el pueblo de Santiago? Desde la mañana, Su Ilustrísima convocó su clero i sus canónigos, i quiso hablarles de la medida de que éramos objeto; pero cuando habia pronunciado algunas palabras, se puso a llorar con todos los asistentes. El cabildo eclesiástico intentó reunirse tambien; pero esta segunda asamblea se separó, como la primera, en medio de lágrimas. El pueblo estaba confundido i como aterrado; las iglesias i tiendas permanecian cerradas; todos los negocios estaban interrumpidos. Las mujeres, ricas o pobres, llenaban con sus lamentos i sollozos las casas i los lugares públicos. Aun hombres del mas alto rango, eclesiásticos o seculares, no se avergozaban de llorar ante todo el mundo. El pequeño número de nuestros enemigos reconocidos como tales en la ciudad, no se atrevia a salir a la calle por no esponerse al furor de la multitud, i se quedaron encerrados con mucha prudencia en sus casas. Se permitió al principio a algunas personas distinguidas visitarnos en el interior del colejio; pero luego no se les concedió entrar sino a la puerta, i solo en presencia de las guardias, podian comunicarse con nosotros. El obispo i el gobernador de Chile, vivamente afectos ambos a la Compañía, nos visitaron tambien; el tiempo de nuestra residencia i reclusion en el colejio fué bastante considerable, porque no estaban aprestados los buques que debian conducirnos. Debo decir tambien que nos trataron con toda clase de consideraciones los oficiales reales i los habitantes de la ciudad. Todos los dias podíamos celebrar el santo sacrificio en nuestra iglesia cerrada; i con un consuelo especial de nuestra alma, recitábamos los evangelios i las epístolas del comun de los apóstoles i del comun de los mártires, en que encontrábamos muchas aplicaciones a nuestro estado presente.

Lo que se hizo en Santiago se repitió en todo el reino: por todos los caminos se encontraban jesuitas conducidos por soldados al puerto de Valparaíso, en medio de la consternacion i de las lágrimas de los habitantes de los campos i de sus curas. El reverendo padre Baltazar Hueber, nuestro provincial, fué capturado con varios otros en el colejio de Concepcion, donde tomaba algun reposo despues de su visita de las misiones, i conducido a Valparaíso; en ese momento, el padre Juan Antonio Aráoz estaba en camino para dirigirse al colejio de Coquimbo, adonde lo enviaba la obediencia. De repente, dos campesinos corren hácia él apresuradamente con los ojos llenos de lágrimas; i arrojándose a sus piés, le conjuran a que huya cuanto ántes porque han visto, agregan, a todos los padres del colejio de Coquimbo



Hevados con guardias a Santiago, para ser puestos en la picota. Desorientado por una noticia tan estraña, el padre Aráoz se oculta en un bosque vecino; i desde su escondite, no tarda en efecto en ver pasar a los padres de Coquimbo en medio de un fuerte destacamento de soldados. Pero bien pronto, mejor informado i persuadido de que los padres eran conducidos, no a Santiago, dedonde él venia, sino al puerto, i que no estaban condenados a la picota sino al destierro, volvió a buscarlos i se juntó con ellos en el puerto. En todas partes, en Santiago, como en las otras ciudades del reino, el pueblo se esforzaba con lágrimas, ayunos, súplicas, procesiones i toda clase de penitencias, en apaciguar la cólera del cielo, porque atribuía a sus pecados nuestra partida i temblaba de que éste fuera para él el oríjen de todos los males. Las relijiosas, de que hai seis monasterios en Santiago, exedieron a los demas en sentimiento: largo seria referir todos los medios que emplearon. Las carmelitas, que habian sido dirigidas siempre por nuestros padres, se consumieron, por decirlo así, en ayunos i penitencias. No exceptuaron ni el dia de su Madre santa Teresa, que pasaron ayunando, como todos los otros. Colocaron, es verdad, sobre el altar la imájen de la santa, pero la cubrieron con un velo negro; no quisieron en ese dia ni misa solemne, ni música, ni sermón. Mas anunciando al exeso de su desolacion, llegaron hasta amenazar a su Madre con no celebrar mas su fiesta, si no les volvia a sus padres espirituales. Los fieles i el obispo vinieron a su iglesia para orar con ellas; pero viendo ese espectáculo de tristeza i desolacion, solo supieron confundir sus lágrimas con las de esas santas vírjenes. Al caer la noche, nos enviaron al colejio la imájen de santa Teresa, i la hicieron colocar en nuestra capilla privada, donde tuvimos durante ocho dias facilidad para honrarla a nuestro gusto.

Entre tanto, se nos anunció que íbamos a ser conducidos al puerto, i de noche, para evitar todo movimiento en el pueblo; porque ya varias veces en Santiago i en otras ciudades del reino, la multitud habia manifestado deseos de agitarse en nuestro favor; i para contentarla, habia sido preciso prometerle que nuestros asuntos se terminarian bien pronto con el rei, i que no tardaríamos en volver al seno de ella. Creyó en estas seguridades i se mantuvo en paz.

Así, pues, el 23 de octubre a las dos de la mañana, salimos a pié del colejio. Se habia prohibido a todos los habitantes abrir la puerta de sus casas; las calles estaban guardadas por una doble fila de soldados, en medio de la cual tuvimos que pasar llevando nuestras maletas.

Cien soldados nos esperaban fuera de la ciudad con igual número de caballos: se nos hizo montar en ellos, i nos pusimos en camino con nuestros guardianes: éramos ciento; los viejos, inválidos i enfermos habian sido dejados en el convento de san Francisco.

Cuando aclaró, toda la ciudad de Santiago resonaba con lamentaciones i jemidos; lloraba la pérdida de los que veneraba i amaba como a sus padres. Durante el viaje, fuimos bien tratados, como ya lo habíamos sido en el colejio. Después de ocho dias de camino, llegamos a Valparaíso. Encontramos en esta ciudad al reverendo padre provincial con un gran número de padres que habian sido traídos de todos los puntos del reino. La provincia de Chile contaba entónces trescientos sesenta miembros, entre los cuales habia once novicios i cuarenta estudiantes, mas o ménos. Nos vimos reunidos cerca de trescientos, parte en nuestra residencia, parte en una sala privada: en ambos lugares una fuerte guardia nos vijitaba. En la residencia, podíamos celebrar todos los dias el santo sacrificio con la iglesia cerrada; los que se encontraban en la casa particular, fueron privados de este consuelo. De alimento i vestidos, nada teníamos que desear; pero estábamos muy estrechos en la habitacion. En una misma pieza nos hallábamos reunidos a veces cuatro, seis, ocho i aun diez. Los padres misioneros que trabajaban en las islas de Chiloé no vinieron a Valparaíso; se les condujo por mar directamente a Lima. Se obligó a los padres procuradores, en virtud del decreto, a permanecer dos meses en las residencias i en los colejios, para rendir cuenta exacta de su administracion. Los viejos achacosos i los enfermos fueron colocados, como lo hemos dicho ya, en el convento de san Francisco con una pension conveniente a espensas del tesoro real. Los estudiantes dieron sus exámenes ordinarios de filosofía i de teología en el mes de enero, porque en Chile el año escolar principia el primer domingo de cuarentena i termina en el mes de enero. Estos jóvenes, que eran cuarenta mas o ménos, habian nacido los unos en España, dedonde habian venido a Chile en compañía de los procuradores jenerales; los otros, mas numerosos, en Chile mismo, de familias españolas, nobles en su mayor parte. Todos dieron pruebas del mayor coraje: ni uno solo retrocedió ante la persecucion, i tuvieron a honor el llevar su cruz con paciencia i el marchar en pos de N. S. Jesucristo. En Santiago i en Valparaíso, donde estuvimos largo tiempo retenidos, asistieron como de costumbre a sus clases i a sus ejercicios de piedad, i no cesaron nunca, ni en medio de los soldados, de mostrarse perfectos observantes de la regla.



Mientras aguardábamos en el puerto de Valparaíso, el padre Juan Evangelista Hoffmann fué arrebatado por una fiebre maligna. Este padre había nacido en Sambia, i solo tenía cuarenta años; no se nos permitió enterrarlo en nuestra residencia; fué el cura de la ciudad quien le tributó los últimos honores en su iglesia parroquial, en presencia de los padres de san Agustín: la ceremonia se hizo con mucha magnificencia. El padre Hoffmann se había distinguido en las misiones durante muchos años: era uno de aquellos a quienes los indios nuevamente reducidos habían despojado i arrojado de su territorio. Toda esta provincia de Chile que, en cuanto puedo juzgar, se hizo notar siempre por su espíritu fervoroso i por su amor a la disciplina religiosa, no contó en esas circunstancias desgraciadas sino seis de sus hijos indignos de ella, tres padres i tres hermanos coadjutores, que abandonaron la cruz de nuestro Señor, se ocultaron i no volvieron a aparecer.

No puedo callar aquí lo que sucedió al padre Juanuario Peralta, nacido en América. Este padre, inmediatamente ántes de la ejecución del decreto real, había obtenido su separacion de la Compañía. Sin embargo, estaba todavía en nuestra casa cuando la invadieron los soldados: fué detenido con los demás. Aunque protestó i mostró sus cartas de separacion en Santiago i en Lima, no se le oyó. Ni el gobernador de Chile, ni el virei de Lima se atrevieron a sustraerlo por sí mismo al destierro: fué embarcado con nosotros i participó de todos nuestros sufrimientos. Solo en España se aceptó su dimision, i obtuvo volver a su patria; pero no se le dió ningun viático para el viaje, i al volver al siglo, cayó en la miseria mas profunda.

Volvamos a nosotros. El dia de san Andrés, un buque de guerra, el *Peruano*, que venia del Perú, ancló en el puerto de Valparaíso; traía a bordo sesenta cañones, cincuenta soldados, i ciento ochenta jesuitas de la provincia del Perú. Se detuvo un mes para hacer sus provisiones. Tres jesuitas enfermos bajaron a tierra i se trasportaron a nuestra residencia; a los otros se les prohibió espresamente poner el pié fuera del buque. Sin embargo, tuvimos con ellos alguna comunicacion por cartas i mensajeros. Les hicimos pasar carne, ropa blanca i frutas, porque la estacion de frutas en Chile es en diciembre i enero. La ciudad de Santiago les envió tambien limosnas abundantes, particularmente una gran cantidad de ropa blanca. El virei de Lima había dado orden de agregar doscientos veinte jesuitas de la provincia de Chile a los ciento ochenta que se encontraban ya a bordo del

*Peruano*, para completar cuatrocientos; pero el capitán del buque i el gobernador de Chile, no ejecutaron esta orden por bárbara, i solo se embarcaron veinte jesuitas. Entre ellos estaba el padre Gabriel Schmid. El 20 de enero de 1768, levaron ancla i se dieron a la vela para España.

En cuanto a nosotros, continuamos residiendo en Valparaíso, i nos allagábamos siempre con la esperanza de que el rei nos haría gracia i nos permitiría quedar en nuestro primer estado. Orábamos con fervor; las novenas no cesaban; nos dirijimos ya a la Virgen santísima, ya a san Francisco Javier, ya a nuestro Padre bienaventurado, o a otros santos. Nuestros votos no fueron atendidos. Como no había ningún buque español en el puerto, se nos embarcó al principio de la cuaresma en tres buques chilenos, i nos dirijimos a Lima. Fuimos muy bien tratados durante el viaje, siempre a espensas del Estado de Chile. La pragmática real nos había prohibido el ejercicio del sagrado ministerio; pero se juzgó que no tenía aplicacion a bordo, i ejercimos nuestras funciones apostólicas acostumbradas. Se instruyeron i se catequizaron los marineros; casi todos se confesaron i recibieron la santa comunión.

Después de quince días de navegacion, llegamos al puerto de Lima. Un piquete de soldados enviados por el virei nos aguardaba allí: habiéndose pasado lista, se pusieron de centinelos en la playa para impedir nuestra fuga. Tres días después, muy de mañana, a las dos, se nos hizo desembarcar i se nos encerró en la ciudadela del puerto, donde estuvimos retenidos hasta la llegada de ciento cincuenta jesuitas que venian de Lima para embarcarse en la *Santa-Bárbara* i dirijirse a España. Entre ellos se encontraba el padre José Rapp, que había ido hasta Lima en el primer buque chileno.

Lima está situada a dos leguas, mas o ménos, del puerto, que se llama el Callao: los prisioneros atravesaron esta distancia durante la noche en ochenta carruajes que los principales habitantes de la ciudad habían suministrado por requerimiento, i se embarcaron en la *Santa-Bárbara* ántes de salir el sol. De vuelta, esos ochenta carruajes nos tomaron en la ciudadela i nos condujeron a Lima en número de ciento treinta, en medio de una doble fila de guardias a caballo: así hicimos nuestra entrada en la ciudad el 12 de marzo, día de san Gregorio el Grande, en presencia de una ianensa multitud que había concurrido para vernos. A las nueve, entrábamos en nuestra casa prefeza, siempre vijilados estrictamente.

El virrei (1), enemigo jurado de nuestra compañía, habia usado de la mayor dureza con los padres de Lima. Nos recibió, sin embargo, bastante bien, por consideración, sin duda, a nuestro provincial, el padre Baltazar Hueber, a quien estimaba mucho i a quien habia elegido para confesor cuando era gobernador de Chile. Nuestra residencia en Lima duró dos meses, mas o ménos, durante los cuales los estudiantes continuaron sus clases: todos los dias decíamos misa en nuestra capilla privada, provista de nueve altares. No quedaba ya en Lima sino un número pequeño de padres de esta provincia.

La ciudad de Lima es la capital del reino: es bella, opulenta i de una estension bastante grande; está situada a 12° de latitud en la zona tórrida, lo que hace que los calores sean considerables; pero el amor del oro i de la plata no deja de atraer una poblacion numerosa, i muchas familias españolas, aun nobles, han fijado allí su residencia. Se pueden pasear sobre las casas i sobre las iglesias, i se pasean por allí en efecto en ciertas horas del dia; porque esos edificios no tienen tejado, pues seria inútil por la falta de lluvia en aquella rejion. Solo durante el invierno cae un rocío abundante, que humedece el suelo i hace reverdecer los prados. Para el cultivo, se conduce por canales a los campos el agua de los rios. Marzo i abril son los meses de otoño i de las neblinas; pero el calor no es por eso ménos fuerte. Tres o cuatro veces por dia nos cubiamos de sudor, despues de comer, de cenar, i cuando bebíamos agua fria o caliente.

El virrei nos habia asignado a cada uno un florin por dia. Esta suma nos alcanzaba con gran dificultad, porque en Lima todo es muy caro, siendo el Perú mucho ménos fértil que Chile.

Las fiebres llamadas terciana i cuartana nos visitaron tambien. Estas enfermedades, muy comunes aquí, no son ni conocidas en Chile. Mas de treinta de los nuestros fueron atacados a la vez: así, descábamnos abandonar esta ciudad i darnos a la vela lo mas pronto posible. No debo olvidarme de señalar la simpatía que encontramos en el pueblo de Lima: a porfía se esforzaban todos en servirnos. Las religiosas se distinguieron entre todos. No hubo dia que no enviasen a informarse de lo que nos faltaba, sobre todo, a los enfermos. Habian sabido ellas la buena cojida hecha por la poblacion de Chile a los padres de Lima que habian llegado a Valparaiso en el *Peruano*, i este ejemplo estimulaba su jencrosidad.

En fin, llegó el momento de partir: fué despues de las fiestas de

(1) Don Manuel de Amat i Junient.

pascua. Todos, aun los enfermos, nos embarcamos con algunos dias de intervalo en tres buques españoles bastante grandes. El 3 de mayo, dia de la santa Cruz, subia yo al *Santo Rosario* en compañía del rev. P. Provincial, de los estudiantes i de otros padres, ciento veinte jesuitas por todos, habiéndonos ido de Lima al puerto en sesenta carruajes. Una escolta numerosa nos seguía para impedir nuestra fuga. Antes de amanecer, estábamos en el Callao i tomábamos inmediatamente pasaje en el *Rosario*. El *Rosario* es un hermoso buque de cincuenta cañones i de ciento cincuenta hombres de tripulación. Veinte pasajeros seculares se habian establecido ya en él. Las provisiones eran considerables: treinta vacas, cien carneros, cincuenta puercos, b:zcochos, carne salada, i gran cantidad de toneles de agua dulce, nada se habia descuidado de lo que pudiera ser necesario en una navegación tan larga. Permanecimos aun tres dias en el puerto. En fin, el 7 de mayo a medio dia, levamos ancla para abandonarnos a las olas confiados en Dios.

Nuestra escolta volvió a tomar el camino de Lima, a escepcion del jefe de milicias, que se embarcó con nosotros para cuidar de nuestras personas durante el viaje. El viento era favorable, i nuestro buque surcaba rápidamente hácia el sur. A fines del mes de mayo, pasaba a la altura de Chile. No vimos tierra; pero no dejamos de saludarla a lo lejos, i de enviarle con nuestras lágrimas nuestro último adios.

Segun mi opinion, i me fando en veinte años de residencia en este reino, Chile ocupa con justo título el primer lugar entre los países de América por la suavidad de su clima, la maravillosa fertilidad de su territorio i el feliz natural de sus habitantes. Se estiende hácia el sur del trópico de Capricornio, en una lonjitud de cuatrocientas leguas, i su anchura solo es de sesenta leguas. Por un lado lo baña el océano Pacífico, por otro lo defiende una cadena de elevadas montañas que lo separan del Paraguai. Lo riega una multitud de rios que se precipitan de la cima de las montañas con direccion al mar. La proximidad del océano i de las montañas, la abundancia de las corrientes de agua, suavizan de tal modo la temperatura que no se sienten jamas los calores del verano ni los rigores del invierno. Las borrascas i las tempestades son desconocidas; tampoco se conocen las enfermedades llamadas fiebres tercianas i cuartanas; i aun, si las personas atacadas de esas enfermedades en el Perú se van a Chile, sanan pronto sin necesidad de medicina. La cebada, el trigo, la vid, las legumbres de toda clase, crecen en abundancia; las frutas no son inferiores a

las de Italia; se encuentran muchos peces i una multitud de aves domésticas i salvajes; los campos están cubiertos de rebaños, de caballos, de mulas, de vacas, de cabras, de carneros; en fin, se explotan ricas minas de oro i de plata. A fines de diciembre i a principios de enero, se hace la cosecha; en la misma época, se mata el ganado gordo i se seca la carne al sol. Esta carne, durante todo el año, es el alimento de los esclavos i de los pobres, i la grasa que se le saca sirve en los dias de ayuno por falta de manteca para preparar la comida. Frutas exelentes de toda especie maduran durante la cuaresma; las vendimias principian desde los primeros dias de mayo.

Razas diversas habitan este pais: primero los indios, de tez morena, carácter duro i belicoso; despues los españoles, que se han fijado principalmente en la ciudad i en las casas de campo: son blancos i de gran belleza en las facciones; su espíritu es penetrante, su alma noble e inclinada a la liberalidad; en seguida los mestizos, de color bronceado, inteligentes e industriosos; forman la clase pobre i son muy numerosos; en fin, los negros, ligados al servicio de los españoles en calidad de esclavos, i que se han multiplicado de tal modo en América que el rei, desde mucho tiempo atras, ha prohibido por un decreto llevar otros de África. Al momento de nacer, son de color gris; pero con la edad, se ponen enteramente negros. Tienen poca inteliencia i gran dulzura de carácter. Casi todos mueren predestinados, llenos de la esperanza de ir al cielo a gozar de todos los bienes en recompensa de los trabajos i miserias que han sufrido en la tierra: he tenido ocasion de verlo en muchos, porque yo estaba encargado de asistirlos en sus últimos momentos.

Hai dos obispos en Chile: el uno reside en Concepcion i el otro en Santiago. Concepcion estaba edificada a la orilla del mar; habiéndola derribado en 1751 uno de esos temblores tan frecuentes en el pais, fué reconstruida en otro lugar a cuatro leguas del primero. Muchos españoles se han establecido en ella para comerciar.

Santiago es la capital del reino: está situada bajo el grado 33 de latitud sur, i no es inferior a Lima, metrópoli de las posesiones españolas en esta parte de América. Tiene un obispo i diez canónigos, es la residencia del gobernador del reino i del presidente de la audiencia o cancellería real, tribunal formado de siete personas muy hábiles en el derecho i cuya funcion es decidir las cuestiones de su competencia. El gobernador mismo no puede tomar ninguna medida de alguna importancia sin su asentimiento i aprobacion. Santiago posee

tamb en una universidad real recién fundada i en la cual se confieren los grados. Nuestra Compañía tenía allí tres colejos, ademas del de los nobles, i dos casas de ejercicios, la una para hombres i la otra para mujeres. Los padres franciscanos tienen tres conventos muy numerosos; los relijiosos de la Merced dos; los dominicos uno; los agustinos uno; i los hermanos de la Misericordia uno, con un hospital. Los monasterios son seis, todos muy numerosos, i en el tiempo de nuestra partida, se principiaba a trabajar un séptimo. Es preciso agregar a esto una casa de correccion donde la justicia encierra a las mujeres de mala vida.

La provincia de Chile se distinguió siempre por su regularidad relijiosa, como la del Paraguai, i se componia de trescientos sesenta miembros, que se ocupaban dia i noche con un celo infatigable en los diferentes trabajos de nuestra Compañía, en los colejos i residencias, en los campos i en las misiones, en medio de los indios i de los infieles. Na la diré de los ministerios ordinarios por no estender demasiado esta relacion, i me limitaré a señalar algunos de los mas notables.

Todos los años se hacian en Santiago dos misiones; la una en nuestra iglesia, en la cuaresma, por nueve dias; la otra en octubre, en la iglesia de los hermanos de la Misericordia, que duraba tambien nueve dias completos. Cada año en la primavera, en el verano i en el otoño, doce misioneros apostólicos, de dos en dos, recorrian todo el reino; i en los distritos asignalos a cada seccion, pasaban de una parroquia a otra predicando la penitencia, catequizando i administrando los sacramentos. Las misiones entre los indios i los infieles se extendian desde la ciudad de Concepcion has mas allá del territorio de Valdivia; allí concluyeron su vida los padres Francisco Khuen, Javier Wolfweisen, Juan Fertl, Ignacio Steidl i otros apóstoles celosos.

En el archipiélago de Chiloé, situado bajo el grado cuarenta, trabajaban sin descanso diez o doce misioneros que en sus canoas pasaban de una isla a otra para auxiliar a esos pobres indios. Allí trabajó mas de cuarenta años el padre Antonio Fridl, que se vió en la necesidad de retirarse octojenario i ciego. Allí trabajaron mas de veinte años los padres Melchor Strasser i Javier Kisling, defendidos todavia en España, i varios otros. Todos los años en Santiago durante ocho dias se daban los santos ejercicios de nuestro bienaventurado Padre, tres veces a las mujeres i seis a los hombres, i así se trabajaba en la salvacion de trescientos hombres i de trescientas mujeres.



Ademas todos los años se daba retiro dos veces en la casa de las mujeres estraviadas, una vez cada año en el colejio de los nobles, una vez por año en los diferentes monasterios de religiosas, i a veces tambien en el monasterio de los hermanos de la Misericordia, i cada vez durante ocho dias.

A menudo se daba tambien retiro de ocho dias a los hombres i a las mujeres, pero separadamente, en nuestros colejios menores i en nuestras residencias, i aun a veces en nuestras casas de campo. Cuando se nos arrestó, se hacian los preparativos de un retiro de ocho dias para las esclavas en nuestra casa de campo, i ya se les habia dado a los esclavos.

Hombres devotos no faltaban para cumplir tales ministerios: la provincia de Chile tuvo siempre un buen número de hombres notables por sus talentos i por la santidad de su vida. Entre ellos debe mencionarse el padre Carlos Haynhausen, hombre de un celo extraordinario, rector del colejio, confesor del obispo i del gobernador, era infatigable para desempeñar todas las obligaciones propias de la Compañía. Resconstruyó casi por entero i proveyó de ornamentos preciosos la magnífica iglesia del colejio grande. Edificó desde los cimientos la casa de segunda prueba i las dos casas destinadas a los retirados, i tambien la iglesia. Lo afligió la gota varios años, i pocos dias antes de su muerte, se le encontró revestido de dos cilicios. Llorado por los seglares i por los nuestros, lleno de luces i de méritos, se durmió santamente en el Señor el siete de abril de 1767 a los setenta i cinco años de edad. Fué instructor de los padres del tercer año de prueba, i durante diez años rector del colejio; murió ejerciendo este cargo.

Pero, ¿por qué detenernos en Chile, mientras nuestro bujel voga rápido i nos conduce al destierro! Ya Chile ha desaparecido; ya navegamos por el grado cuarenta, cerca de las islas de Chiloé; ya se hace sentir el invierno; ya el mar cuyas olas surcamos no es el Pacífico; sino un mar tempestuoso, i luego vendrá el estrecho de Magallanes.

Creyendo poder interpretar favorablemente las prescripciones formuladas en la pragmática sobre el ejercicio de nuestro ministerio, lo desempeñamos sin obstáculo en nuestro buque. Todos los dias se decian dos misas; haciamos exhortaciones frecuentes, i casi diariamente nos administrábamos el sacramento de la penitencia; oimos tambien las confesiones jenerales de mas de sesenta pasajeros.

El duodécimo día de nuestra navegacion, estábamos hácia el grado sesenta del lado del polo sur, mucho mas allá de los límites de América i aun de la tierra del Fuego. Ya habíamos doblado el Cabo hácia el África, cuando de repente, en medio de la noche, se levanta una tempestad furiosa que maltrató tan violentamente la nave que estuvo a punto de zozobrar. Se repliegan las velas; seis hombres sostienen la rueda del timón; pero la furia de las olas hace saltar en pedazos la caña i la rueda, construidas de madera muy resistente, i derriba lleno de contusiones a uno de los marineros, que cae sin conocimiento. El viento hace crujir horriblemente el buque; las marejadas penetran por las aberturas hasta nuestros camarotes; íbamos a perecer. Sin embargo, el buque es arrastrado por una fuerza terrible; durante todo el día 13 de junio, día de san Antonio de Padua, lucha contra las olas; i aunque sin velas, pero impulsado por el furor de los vientos, anda sesenta leguas en veinte i cuatro horas.

Los días siguientes sopló una brisa mas favorable; pero el frío, la nieve i el hielo nos hicieron sufrir demasiado, i los marineros no podian hacer el servicio sino con estrema dificultad i grandes peligros. Uno de ellos cayó un día de la punta del palo mayor i se mató del golpe: se le sepultó en el mar.

El 21 de junio, día de san Luis Gonzaga, habíamos dirigido nuestro camino hácia Europa, i avanzábamos con viento favorable, cuando un muchacho de catorce años que servía en la cocina, cae al agua: al momento se larga un bote al mar con seis marineros para tomar a ese niño arrastrado i sacudido por las olas; pero ántes de poder alcanzarlo, se precipitan sobre su cabeza aves de rapiña, lo despedazan i le arrancan los ojos. Perdió entónces el pobre muchacho la fuerza para nadar, i desapareció miserablemente en el abismo.

En toda nuestra navegacion, lo que es raro, solo una vez divisamos tierra; pero casi siempre vimos peces voladores hasta la altura del Paraguai. En estos parajes murió el padre Lorenzo Romo, español de sesenta años, hombre notable por su ciencia i la santidad de su vida; se arrojó su cuerpo al mar, despues de las ceremonias de costumbre. Fué el único de nosotros que falleció en el buque i, sin embargo, hubo varios enfermos.

Se nos daban raciones suficientes de bizcochos, carne seca i agua dulce. Pero el alojamiento, aunque sano, era estremadamente estrecho; porque éramos ciento veinte jesuitas, hacinados con nuestras camas en un solo camarote, desde la popa hasta el medio del buque.

Entre América i África, tuvimos constantemente vientos favorables; i mediante Dios, pasamos con felicidad la línea el 23 de julio sin sufrir demasiado por el calor.

Quando pasamos el ecuador, se hicieron preparativos de defensa contra los moros i los Ingleses, para el caso en que estos últimos hubiesen declarado la guerra. Se dispusieron los cañones, se pusieron centilenas, se asignó a cada uno su puesto, i se hizo ejercicio con mas frecuencia en el buque. Tambien quisieron confiarnos armas; pero nos escusamos por nuestra inesperienza en el arte de la guerra.

En aquellos dias murieron dos pasajeros, a los que siguió bien pronto un tercero, ahogado por una asma. Uno de los dos primeros era un noble de las islas Canarias, que no pudo alcanzar el suelo natal, de que estaba tan próximo.

Una mañana notamos una vela en el horizonte. Todo el mundo se asustó; pero luego se reconoció que era un buque mas pequeño que el nuestro, i sin artillería. Por un cañonazo, se le ordenó detenerse: obedeció i nos aguardó: era un buque ingles que iba a pescar en Terra-Nova; nos dió noticias felices sobre la paz, i se le dejó proseguir su camino. Poco tiempo despues, encontramos un segundo buque ingles que confirmó el dicho del primero. Un seguida, vimos un buque frances que nos vendió dos toneles de vino de Nántes. Dejamos las islas Canarias a nuestra derecha, sin verlas; hallamos varios buques; hácia fines del mes de agosto, distinguimos las islas Azores, sometidas al rei de Portugal. No vimos durante todo el viaje otras tierras o islas, porque el temor de naufragar nos separaba mucho de ellas. Marchando una mañana hácia Portugal i mucho ántes de salir el sol, descubrimos muy cerca de nosotros un buque que por largo tiempo nos seguia i observaba; pero quando nos oyó tocar las oraciones, se alejó e hizo cesar nuestros temores. Pensamos que nos habia tomado por piratas moros i que aguardaba la claridad para atacarnos, pero que al toque de las oraciones, nos habia reconocido por cristianos i españoles.

En esos dias perdimos tambien un marinero, que fué sepultado en las olas no léjos del puerto. Así, durante el viaje perdimos un jesuita i seis seglares.

Durante nuestra navegacion en esos lugares, distinguimos un buque de guerra español. Despues de haber respondido a nuestro saludo, nos aguardó; era un buque encargado de guardar las costas. El capitán, sabiendo que habia a nuestro bordo jesuitas de América, envió cuatro

carneros gordos con doce pollos, para los padres prisioneros; i para protejernos contra los moros, nos acompañó toda la noche i el dia siguiente.

Ese mismo dia a las once, saludamos con una gran descarga de artillería a nuestra señora de la Regla, honrada en la costa vecina, en la iglesia de los padres agustinos, i le dimos gracias por nuestro feliz viaje: en fin, el 6 de setiembre a las dos, entramos en el puerto de Cádiz.

Cuando hubimos echado el ancla, vimos venir hácia nosotros una multitud de falúas montadas por funcionarios de todas clases. Vinieron tambien dos nobles chilenos para ver a sus hermanos: uno de ellos era todavía estudiante, i el otro, sacerdote recién ordenado; i los pusieron al corriente del estado de nuestros negocios en España.

Al dia siguiente, 7 de diciembre de 1768, despues de cuatro meses de viaje, desembarcamos en el puerto de Santa María. Todos fueron conducidos a una casa grande i custodiados por soldados, excepto los alemanes, que fuimos conducidos al hospicio de Indias, donde encontramos como doscientos jesuitas de todas las provincias de América, colocados bajo buena guardia: mas de ciento eran de la provincia del Paraguai; los otros estaban detenidos en los conventos de san Francisco Santiago, de san Agustín, de san Francisco de Paula i de san Juan de Dios etc., no bajo la guardia de soldado, sino solamente bajo la vijilancia del superior. Podian decir públicamente misa en la iglesia; pero les estaba prohibido cualquier otro ministerio, así como toda relacion con las personas de fuera. Reunidos en el puerto de Santa María como setenta jesuitas venidos de las diferentes provincias de América, pasamos allí todo el invierno. Piensen otros cuán incómodos serian nuestros alojamientos, haciéndolos como estábamos unos sobre otros!

Los vestidos que se nos daban eran convenientes; el alimento, por orden espresa del rei, debía ser bueno, mejor aun que el que se nos servia en nuestros colejios, pero siempre escaso.

Se nos leyó de nuevo el decreto de destierro i la pragmática que nos prohibia el ejercicio de todo ministerio, así como toda comunicacion con los extranjeros; i para no dejar duda ninguna sobre las órdenes del rei, se pronunció pena de muerte para los hermanos i de prision perpetua para los sacerdotes que intentaran evadirse, ocultarse o volver a España, despues de haber sido deportados.

En cuanto a nosotros, encerrados en nuestro hospicio en número

de doscientos cincuenta, mas o ménos, vivimos como religiosos. El reverendo padre Polo, vice provincial de Quito, era nuestro superior comun. En la capilla privada del hospicio, habia doce altares dispouibles; decíamos misa todos los dias segun el órden prefijado, principiando a las tres de la mañana; leíamos durante la comida i el retiro anual; nos reunía nos todos los dias en la capilla para rezar el rosario; hicimos varias novenas a la santa Virgen i a diferentes santos con gran solemnidad etc.

Todos los religiosos que habitaron esa casa nos dieron los mejores ejemplos de todas las virtudes religiosas, i en particular de una constancia invencible. Especialmente nos habia admirado la vida edificante de los padres del Paraguai; no cesábamos de considerarlos como hombres apostólicos, bravos veteranos, avezados a los sufrimientos i a las fatigas; i que, despues de haber experimentado trabajos mas grandes, parecian hallar una especie de reposo en el destierro i la cautividad.

Varios de los nuestros pasaron a mejor vida, i fueron enterrados con honor en las bóvedas de nuestra capilla, pero en presencia de un notario real que debia testificar la muerte del difunto. Entre otros, señalaré al reverendo padre Márquez, viceprovincial de Méjico, hombre a quien durante largos años el vigor de su espíritu i la santidad de su vida habian hecho célebre en Méjico. Cuando hubo muerto, se dobló el piquete de soldados para impedir al pueblo que penetrara cerca del venerable difunto. Sin embargo, se trajeron de la ciudad muchos rosarios para tocar con ellos el cuerpo o los vestidos del muerto, que parecia digno de veneracion aun despues de su muerte: sus ojos entreabiertos i como animados, su rostro radiante, su boca risueña, sus manos flexibles habian hecho creerlo todavia vivo. No fué sepultado en la bóveda comun, sino en otra separada i próxima del altar, en presencia de los oficiales i del notario que quisieron ver i honrar el cadáver del difunto.

En la otra casa de que hemos hablado mas arriba, habitaba el reverendo padre provincial de Chile con varios de los suyos: se ocupaba de mantener, en cuanto era posible, la vida i disciplina religiosas. Nuestros estudiantes se entregaron de nuevo a sus estudios, i rindieron su exámen anual en el mes de enero, a escepcion de dos que perdieron el valor i no se atrevieron. Hubo tambien dos sacerdotes jóvenes chilenos que abandonaron la Compañia. Los otros desertores eran casi todos de la provincia de Andalucía (o

Bética), de las de Méjico i del Perú. Étas son las tres provincias que, ménos vigorosas para mantener el espíritu del instituto, se encontraron así *minus habentes*. En efecto, varios miembros de estas provincias, ménos acostumbrados que los otros a las ocupaciones penosas, a las pruebas diversas, i demasiado afectos al suelo natal, perdieron su vocacion, i con ella todo aprecio i consideracion. Estos desertores no evitaron, sin embargo, la deportacion a Italia, para ir a implorar allí la dispensa de sus votos; eran mas dignos de compasion que los otros, porque la estimacion no los acompañaba.

Despues de haber notado la pusilanimidad de los desertores, diré una palabra de la invencible constancia de los novicios. Un decreto real les permitia abandonar la compañía para volver a sus familias o seguir a sus hermanos en el destierro, pero privados de pension: elijeron este último partido: i venciendo el amor de la patria, cerrando los oídos a las insinuaciones de sus madres, parientes i amigos, prefirieron ir al destierro i sufrir todas las penalidades ántes que perder su vocacion. La mayor parte concluyó su noviciado en el camino, e hizo los primeros votos despues de los dos años de prueba.

Los que llegaron a España sin haber concluido su noviciado, fueron sometidos a mas duras pruebas que los anteriores en lo relativo a su vocacion. Llegados al puerto de Santa María, se les separó inmediatamente de los otros, i se les envió solos a otra ciudad llamada Jerez, i allí se les colocó en diversos conventos, con orden a los relijiosos de inducirlos eficazmente i sin descanso a abandonar la Compañía. Se emplearon en esto varios meses con constancia; pero en vano, porque la gracia de Dios fué mas fuerte para salvarlos que todos los esfuerzos de los hombres para perderlos. En fin, el juez seglar mismo, por orden del consejo, recurrió a la intimidacion, a las amenazas, i con tan buen éxito, que doce sucumbieron. Eutónces se les vistió con traje seglar i se les puso en libertad, dándoseles facultad para volver a su país i subsidios para el viaje.

Sin embargo, el mayor número de esos novicios, o sea, veinte i cuatro, que pertenecian a las diferentes provincias, despreciaron todas las promesas i amenazas, i respondieron que estaban dispuestos a todo, ménos a abandonar la Compañía, a la que Dios los habia llamado. Se arrojó a éstos de la ciudad en traje seglar i con orden de salir, en el espacio de cuatro meses i bajo pena de muerte, de los dominios de Su Majestad Católica. Llegaron a pié hasta el puerto de Santa María; i allí, vista la prohibicion de reunirse a nosotros, arren-



daron una casa, donde se esforzaron en continuar su noviciado, como ántes, siguiendo siempre la direccion del de mas edad.

Bien pronto elijeron a algunos de entre ellos, i los enviaron a Cádiz a pedir limosna: en pocos dias, por la gracia de Dios, recojeron mas de diez mil florines, lo que les permitió pagar su arrendamiento i su comida, comprar trajes eclesiásticos, i aun fletar un buque para dirigirse a Italia; i esto se hizo con grande admiracion de todos los hombres de bien, que aplaudían la valiente perseverancia de nuestros jóvenes americanos.

Llegados los novicios a Italia bajo estos felices auspicios, se les recibió con gran bondad por nuestro reverendo padre jeneral, i se les agregó a sus provincias respectivas de América.

En cuanto a nosotros, tuvimos necesidad de permanecer en nuestra prision hasta el mes de febrero, sin saber lo que se nos haria: las noticias que se nos daban eran contradictorias, ya buenas, ya malas.

Estábamos aun en la incertidumbre respecto de nuestras provincias de Alemania: ya se decia que estaban completamente tranquilas, ya que corrían los mayores peligros. Hacia fines de enero, nos arrebataron de repente a cinco padres alemanes, que, durante largos años, habian cultivado con mucho trabajo el archipiélago de Chiloé: eran los padres Melchor Strasser, bávaro; Javier Kisling, de Eustette; Ignacio Fritz i Nepomuceno Erlacher, de Bohemia; i Miguel Mayr, del Rin: se les hizo enserrar en el convento de Santiago para vijilarlos mas estrechamente: todavía se encuentran allí. El gobernador del puerto de Santa María, que nos era muy favorable, los visitó; i como le suplicaran ellos que examinase su causa Juego, les contestó que aun no sabía de qué se les acusaba, i que sólo habia recibido de la corte la orden de custodiarlos, como lo hemos dicho. En fin, a principios de cuaresma, se nos permitió dirigirnos a Italia a todos los que habíamos venido de Chile, con escepcion de los cinco padres que he nombrado. Nos reunimos en un solo buque sueco: éramos doscientos cuarenta.

Partimos sin escolta de soldados, pero con el comisario real, i pasamos con felicidad el estrecho de Gibraltar. Contemplamos largo tiempo las montañas i las costas de España, i mas todavía la costa opuesta, sobre todo, la ciudad de Ceuta, principal baluarte de España por el lado de África: encontramos en nuestro viaje diversos buques. Después de haber dejado atras las Baleares, entre Francia, Cerdeña i Córsega, sufrimos una tempestad horrible que nos maltrató

como la que nos había sobrevenido el día de san Antonio de Padua, al abandonar a América, con la diferencia de que esta última nos atormentó día i noche por una semana de modo que era imposible tenerse de pie. Nuestro buque no era de los mas grandes; pero era muy sólido i muy bueno. En fin, cesó el peligro, no encontrando corsarios, de quienes nos preservó quizás la tempestad.

Por último, gracias a la protección de Dios, despues de veinte i cuatro dias de navegación, entrábamos con felicidad, el 15 de marzo de 1769, en Spezzia, puerto de la república de Jénova.

Nuestros suecos eran de una nacion mucho mas pacífica, mas tranquila i mas laboriosa que la de los españoles; pero mas digna de compacion, sumida como yacé en la herejía. En el viaje, no pudimos celebrar todos los dias el santo sacrificio, sino solo los domingos i dias festivos. El alimento era suficiente, pero el alojamiento demasiado estrecho, hacinados como estábamos, en número de doscientos cuarenta en un espacio muy pequeño; pero el Señor nos libró, al fin, de todas estas miserias, i nos hizo llegar al puerto sanos i salvos.

El puerto de Spezzia es excelente i defendido de todas partes contra los vientos. Está situado entre Jénova i Liorna, pero es poco frecuentado por los buques mercantes.

En la ciudad, que es de mediana estension, fuimos bien recibidos en nombre de la república de Jénova; el gobernador mismo nos asignó alojamiento para todos; i prohibió severamente que se nos vendiese demasiado caro lo que necesitáramos. Como se nos prohibió pasar a Jénova, nos fué preciso costear en pequeños botes hasta la embocadura del Arno. Remontamos el curso del rio, dejando a nuestra derecha a Liorna, i el juéves santo llegamos a Pisa.

La compañía no tiene colegio en Pisa. Sin embargo, nos recibió muy bien el padre Jerónimo Durazzo, hermano del dux de Jénova, que predicaba la cuaresma en la catedral; se encargó de todos nuestros negocios, i los arregló perfectamente. El viénes santo, lo oimos predicar, lo que fué para nosotros un gran consuelo, pues era éste el primer jesuita que díamos predicar públicamente despues de diez i ocho meses de cautiverio.

Pisa es una ciudad magnífica i digna de ser comparada a Florencia; tiene una universidad, donde los mismos florentinos deben venir a recibir los grados. Despues de haber admirado la magnífica catedral de Pisa, su famoso campanile, su camposanto, i sus otras maravillas, continuamos remontando el Arno, que atraviesa esta ciudad.

Otros padres nos sucedieron en Pisa, a donde llegaban por grupos, como lo habia arreglado el reverendo padre provincial, que llegó con el último.

Despues de tres dias de navegacion por el Arno, llegamos a Florencia, donde nos recibió el padre procurador. Como el colejio estaba ya completamente ocupado, nos acomodó en un lugar conveniente, i arregló ademas todos nuestros negocios. Diariamente celebramos el santo sacrificio en la iglesia del colejio. Nos dirigimos al palacio del gran duque para ver a dos de nuestros padres, confesores en la corte. Visitamos con una profunda veneracion las reliquias de santa María Magdalena de Pazzi, cuyo cuerpo se ha preservado milagrosamente de toda corrupcion. Admiramos la célebre catedral i su *campanile*, i las riquezas artísticas del palacio. El lugar en que se celebró el concilio de Florencia, está ahora ocupado por un monasterio de relijiosas.

Pero lo que deseábamos ver mas que tantas bellas cosas era una carta de nuestro reverendísimo padre jeneral: aguardamos inútilmente sus disposiciones en Spezzia, en Pisa, i aun en Florencia. Salimos, pues, de esta ciudad para atravesar los Apeninos, sin saber lo que llegaria a ser de nosotros, alemanes.

Pasamos en carruaje los Apeninos, cubiertos todavía de nieve, i llegamos felizmente a Bolonia, donde debíamos encontrar, en fin, las órdenes tan deseadas de Su Paternidad, i que el padre Jacobo Andrés, procurador jeneral de la asistencia de España, nos trasmitió. El reverendo padre jeneral habia dispuesto que todos los desterrados no alemanes volviesen a Inola, i que los alemanes se dirijesen a las provincias dedonde habian salido para ir a las misiones de los indios.

Se nos notificaron esas órdenes, i resolvimos ponernos en camino sin demora.

La ciudad pontifical de Bolonia nos pareció mui buena, mui hermosa i mui antigua: estaba llena de jesuitas españoles, portugueses, americanos etc. . . . Pero el tiempo nos apuraba.

Yo fui encargado de conducir el primer grupo de mis hermanos, i tomamos pasaje en una embarcacion fletada por el procurador jeneral para dirijirnos por el canal de Bolonia a Ferrara.

Ferrara, como Bolonia, es ciudad de los Estados Pontificios; no es inferior a Munich, i su catedral, que visité, puede compararse con las de Florencia i de Pisa. Nos alojamos en una buena habitacion que nos habia preparado el padre procurador de Ferrara, a cuyo cuidado

estábamos confiados. Al día siguiente de nuestra llegada, celebré la santa misa en la hermosa iglesia de nuestro colejio, i tuve el consuelo de saludar al reverendo padre rector, i de abrazar como a veinte novicios de la provincia de Aragon, reunidos allí con su padre rector i su maestro, i que vivian con mucha pobreza. Nos visitaron en nuestra habitacion los otros jesuitas españoles i americanos de que estaba llena toda la ciudad.

Veinte i cuatro horas despues de nuestra llegada a Ferrara, partimos por el canal que de allí nos conducia al Po. En este lugar, nos trasbordamos a una embarcacion mas fuerte que la del canal; i esto era necesario, porque el Po, cuando está próximo a su desembocadura, parece un mar pequeño. Lo remontamos así hasta la embocadura del Mincio: existe allí una capilla pequeña en el lugar en que, segun la tradicion, el papa san Leon vino al encuentro de Atila, i lo persuadió a volver sobre sus pasos.

Conducidos por el Mincio a la ciudad de Mantua, dejamos a nuestra izquierda la casa consagrada al recuerdo de Virjilio, i entramos en nuestro colejio, donde nos recibieron i trataron mui bien; descansamos allí un día entero. Ningun destinado, escepto los alemanes, habia llegado todavía a Mantua. Visitamos el colejio, cuya iglesia, como todo lo demas, es verdaderamente magnífica. Desde nuestras ventanas, distinguíamos el palacio Gonzaga, donde, segun la tradicion, san Luis cedió sus derechos de primojenitura en favor de su hermano Rodolfo.

Continuamos nuestro camino, no ya en embarcaciones, sino en tres carruajes que puso a nuestra disposicion el padre procurador. Aunque se nos trató perfectamente, el padre rector no quiso aceptarnos ninguna compensacion: cosa nueva, porque desde el día en que habíamos pisado la tierra italiana, habíamos tenido que pagar siempre i mucho, con el viático que nos dió en el puerto de Santa María el gobierno español para nuestro viaje por tierra en Italia. El hermano José Arnhard tenia la bolsa, i era nuestro cajero comun.

En fin, llegamos a Trento, a Inspruck i a Landsberg; en estos tres colejios, pudimos hablar aleman a nuestro placer. Se nos acogió i trató con tanta caridad, que desde entónces pudimos olvidar los malos días que habíamos pasado.

Los otros padres de la provincia de Chile, nacidos en España o en Chile mismo, se encuentran en Italia, en Imola, en número de doscientos seis, i repartidos en diez i siete casas; sin embargo, los estu-

dios de filosofía, de teología, i el tercer año de prueba marchan en vigor. El rei de España ha ordena lo que nuestras provincias cambien de nombre: hé ahí por qué han tomado el nombre de algun santo. Así, la provincia de Chile se llama hoi de san Casiano, segun me escribió el R. P. Baltazar Hueber, cuando se encontraba de provincial en Imola.

Nuestros viejos i enfermos, que hemos dejado en Chile en el convento de san Francisco, fueron espulsados despues por órden del virei de Lima, i obligados a desterrarse. Han llegado a España en número de veintiseis, habiendo perdido en el camino a doce de sus compañeros, entre otros, al hermano Pedro Vogl, de Wetterhausen en Suabia, mas de septuajenario. Algunos que no han podido concluir el camino, han quedado atras durante el largo viaje por Lima, Panamá, Puerto Bello, Cartajena i Habana. Esos veintiseis desterrados que llegaron i varios otros, permanecen cautivos en España: desde la cuaresma del último año (1769), a ningun jesuita se ha deportado a Italia.

No cesaré de dar gracias a Vuestra Reverencia i de rogar a Dios por vos, que os habeis servido adoptarnos a nosotros, huérfanos, con tanta caridad, i nos habeis colocado en el número de vuestros hijos con una ternura paternal. Que el Dios misericordioso bendiga, aumente i defienda toda esta provincia i a Vuestra Reverencia, a quien me encomiendo encarecidamente en nuestro Señor.

Alt-OEtingen, 23 de enero de 1770.

De Vuestra Reverencia, mui humilde servidor en Jesucristo.

PEDRO WEINGARTNER.

Secretario jeneral.